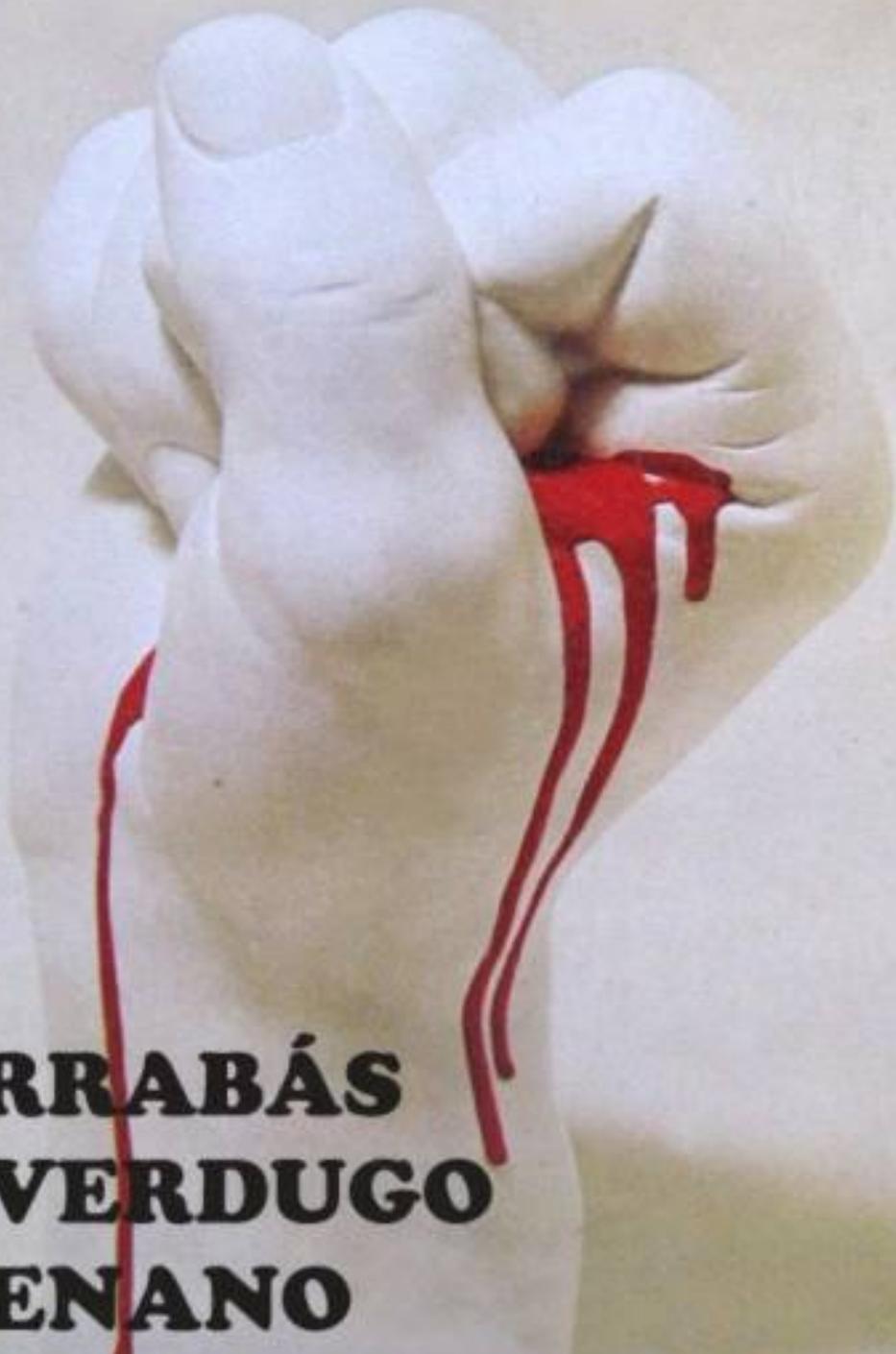


**PÄR
LAGERKVIST**



**BARRABÁS
EL VERDUGO
EL ENANO**

Barrabás (1950), se basa en la historia bíblica de la liberación del ladrón Barrabás en lugar de Jesucristo. El escritor imagina la vida de Barrabás después de su liberación. El criminal cree que fue salvado para difundir el mensaje de Jesús, pero en su lucha religiosa no entiende el porqué de las persecuciones ni la inacción de Dios para evitarlas.

El Verdugo (1933), expone el simbolismo del verdugo que ejecutaba la pena capital en la edad media. Es una crítica al totalitarismo, al racismo, a los actos de lesa humanidad, y en concreto al nazismo. El verdugo simboliza al poder de la muerte y el odio, una especie de cristo salvador inmortal que encumbra a unos a costa de la muerte de otros, mientras que Dios es un ser lejano de piedra totalmente inactivo.

El Enano (1944), es una obra donde el protagonista, un enano de la Italia renacentista, es la encarnación del mal. Extremadamente cruel, ama la guerra y desdeña las debilidades humanas. Un ejemplo de la gran maldad que se puede albergar en el alma y la ruptura de la línea entre lo humano y lo bestial.

BARRABÁS

Todo el mundo sabe que Fue crucificado al mismo tiempo que otros dos; se sabe quiénes eran las personas que se agrupaban alrededor de Él: María, Su madre, y María Magdalena, Verónica y Simón el Cirineo, que había llevado la cruz, y José de Arimatea, que debía sepultarlo. Pero un poco más abajo, en el declive del monte y apartado de los demás, un hombre observó fijamente a Aquel que se hallaba clavado en la cruz y siguió la agonía del principio al fin. Se llamaba Barrabás. De él se trata en este libro.

Era un mocetón de unos treinta años, robusto, de pálida tez, barba rojiza y cabellos negros. Las cejas eran también negras; los ojos se hundían en las órbitas, como si la mirada hubiese querido esconderse. Bajo uno de los ojos corría una profunda cicatriz, que desaparecía en la barba. Pero el aspecto físico de un ser humano no significa gran cosa.

Había seguido por las calles a la muchedumbre desde el pretorio, pero a cierta distancia detrás de los demás. Cuando el Rabino, agotado, se desplomó bajo la cruz, se detuvo un instante para no llegar hasta el sitio donde yacía la cruz. Casi no había hombres en el cortejo, fuera de los soldados romanos, por cierto; eran sobre todo mujeres quienes seguían al condenado a muerte, y una bandada de chicuelos, que siempre acudía cuando por su calle pasaba alguno para ser crucificado; consideraban una diversión ese espectáculo.

Pero, habiéndose aburrido bien pronto, volvieron a sus juegos después de haber echado una mirada al hombre que caminaba detrás de los demás, y cuya mejilla tenía una gran cicatriz.

Parado ya en el lugar del suplicio, observaba a Aquel que estaba clavado en la cruz del medio sin poder retirar la mirada. En realidad, no había tenido intención de subir hasta allí, pues todo en el sitio era sucio, lleno de inmundicias; y cuando alguien se aventuraba a entrar en el lugar maldito dejaba algo de sí. No obstante, una potencia maléfica forzaba a volver de tiempo en tiempo, hasta que un buen día ya no se lograba salir. Cráneos y osamentas yacían esparcidos por todos lados; y cruces caídas, medio podridas, que ya no podían ser utilizadas, pero que no se retiraban porque nadie quería tocar las cosas que estaban allí. ¿Por qué, pues, se quedaba? No conocía a aquel hombre y no tenía nada que ver con él ¿Qué hacía en el Gólgota, él, que había sido liberado?

El crucificado respiraba con dificultad y su cabeza colgaba hacia adelante. Poca vida debía de quedarle. No era un mocetón. El cuerpo era magro y endeble, y los brazos finos, como si nunca hubieran sido usados. Era un hombre extraño, de barba escasa y pecho sin vello, como el de un adolescente. Todo eso disgustó al espectador.

Desde que lo vio en el pretorio del palacio, sintió que había en él algo extraordinario. No hubiera podido decir qué era: simplemente lo sentía. No creía haber encontrado jamás un ser semejante. Lo había visto como envuelto en una claridad deslumbrante, sin duda porque acababa de salir del calabozo y sus ojos no estaban aún acostumbrados a la luz. Al cabo de un breve instante, por cierto, la claridad se había desvanecido y su vista, de nuevo normal, percibió todo, no solamente a Aquel que estaba allí, aislado en la altura. Pero continuó creyendo que había algo muy extraño en aquel Hombre y que no se parecía a nadie. No llegaba a comprender que se trataba de un preso y que había sido condenado a muerte, exactamente como él. No comprendía nada. El asunto, por supuesto, no le interesaba: pero ¿cómo se podía condenar así? El Hombre era inocente, sin duda.

Sin embargo, lo habían crucificado, mientras que a él le habían quitado las cadenas y lo habían declarado libre. En suma, nada podía hacer. Era asunto de ellos. Tenían el derecho de elegir a quien se les antojara, y así habían procedido. De los dos condenados, uno debía ser indultado. Él fue el primer sorprendido por la elección. Mientras le quitaban las cadenas había visto al Otro que, con la cruz sobre el hombro y entre soldados, desaparecía bajo la bóveda del pórtico.

Quedó mirando el pórtico vacío, y uno de los guardias lo golpeó, al tiempo que le gritaba: «¿Qué haces ahí con la boca abierta? Vete, ¡estás libre!». Entonces se despertó, salió por la misma puerta, y cuando vio al Otro que arrastraba la cruz por la calle, lo siguió. ¿Por qué? No lo sabía. Ni por qué se había quedado durante horas observando al crucificado y su larga agonía, ¡precisamente él, que nada tenía que ver con Él!

¿Habían sido obligadas a quedarse allí las personas que se hallaban al pie de la cruz? A menos que lo hubiesen querido, nada las obligaba a subir allí para exponerse a la infección de esos lugares inmundos. Pero eran los padres o los amigos íntimos del Hombre, y, cosa extraña, no parecían temer la contaminación.

Esa mujer debía de ser su madre, aunque en nada se le parecía. Pero ¿quién hubiera podido asemejarsele? Tenía el aspecto de una campesina ruda y tosca. De vez en cuando, se pasaba el dorso de la mano sobre la boca y la nariz, que le goteaba, porque estaba a punto de llorar. Sin embargo, no lloraba. Su pesar era diferente del de los otros, como era diferente la forma en que lo miraba. Sí, era su madre. Experimentaba, sin duda, una compasión más profunda que la de cualquier otro; pero parecía reprocharle haberse prestado para hacerse crucificar. Lo había querido, sin duda, Él, tan puro e inocente, y no podía aprobar su conducta. Siendo su madre, estaba segura de que era inocente. Nunca lo hubiera considerado culpable. Sea cual fuere lo

que hubiese hecho, lo habría considerado siempre inocente.

El espectador no tenía madre. Padre tampoco; en verdad, ni lo había oído nombrar. No recordaba tampoco a pariente alguno. Si lo hubieran crucificado no habría habido tantas lamentaciones como las que acompañaban a aquel Hombre. Las gentes se golpeaban el pecho y se comportaban como si nunca hubieran tenido que hacer frente a una desgracia semejante. Las lágrimas y los suspiros no cesaban. Era espantoso.

Conocía al crucificado de la derecha. Si éste lo hubiera visto se habría imaginado que había venido por él, para verlo sufrir. No era así. Pero no se afligía de verlo en la cruz. Si alguien merecía la muerte, era ese canalla, aunque por un motivo bien diferente del invocado en la sentencia. ¿Por qué, pues, lo miraba, y no al del medio, que sufría la crucifixión en su lugar y por quien había venido; Aquel que lo había llevado contra su voluntad a ese sitio con un extraño poder? ¿Un poder? Si alguien parecía impotente era ese hombre. Imposible ver a un condenado más digno de lástima. Los otros dos eran enteramente diferentes y no parecían sufrir de la misma manera. Era evidente que tenían una mucho mayor reserva de fuerzas. Él no podía ni siquiera enderezar la cabeza, que colgaba hacia adelante.

Pero he ahí que la enderezó un poco; elevó un poco el pecho magro y sin vello; jadeante, pasó la lengua sobre los labios secos. Gimió algo como significando que tenía sed. Los soldados estaban un poco más abajo, jugando a los dados para entretenerse mientras los condenados se decidían a morir, y no lo oyeron. Pero uno de sus allegados descendió hacia donde estaban y les dijo: «Tiene sed». Refunfuñando, un soldado se levantó, empapó una esponja en un recipiente de barro cocido y se la alcanzó en la punta de una pértiga. No bien sintió el gusto de lo que se le ofrecía, no quiso más. El bruto del soldado encontró esto muy có-

mico, y, cuando se reunió con sus compañeros, todos bromearon con él. ¡Demonios!

Los parientes, o los que parecían tales, miraron desesperados al infeliz crucificado. Respiraba cada vez con mayor dificultad y era evidente que muy pronto moriría. Y más valía, por cierto, que acabara pronto, a fin de que cesase de sufrir. Tal era también el pensamiento del que miraba: ¡si eso acabara de una vez! Se apresuraría en seguida a huir y no volvería a acordarse jamás... Pero de repente la colina entera se ensombreció, como si el sol hubiera perdido su brillo, y en la oscuridad el crucificado clamó con voz potente: «Dios, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Las palabras resonaron en forma lúgubre. ¿Qué significaban? ¿Y por qué semejante oscuridad? Era pleno día. Era incomprendible.

La visión de las tres cruces, apenas perceptibles allá arriba, daba escalofríos. Seguramente iba a suceder algo terrible. Los soldados se levantaron de un salto y tomaron sus armas. Suciedera lo que sucediese, se precipitaban siempre sobre sus armas. Estaban allí alrededor de la cruz blandiendo lanzas, y los oyó cambiar murmullos de espanto. ¡Tenían miedo! ¡Ya no bromeaban! Eran supersticiosos, naturalmente.

Él también tuvo miedo. Y se alegró cuando volvió un poco de claridad y todo comenzó a retomar su aspecto normal. La luz llegaba lentamente, como al amanecer. Se expandía por la colina y por los olivos vecinos; los pájaros, que habían enmudecido, volvieron a gorjear. Sí, aquello recordaba realmente el amanecer.

Los allegados, allá arriba, estaban silenciosos. Ya no se oían llantos ni quejidos. Se contentaban con mirar al Hombre en la cruz... ¡Y hasta los soldados hacían lo mismo! ¡Todo había quedado tan calmo!

Ahora podía alejarse todo lo que quisiera. Había terminado. El sol brillaba nuevamente y las cosas estaban como

siempre. La noche había durado sólo un momento, durante la muerte del Hombre.

Sí, ahora se iría. Era necesario irse, era evidente. Ya nada lo retenía. No tenía ninguna razón para quedarse, ya que el Otro había muerto. Descendieron el cuerpo de la cruz: lo vio antes de partir. Los dos hombres lo envolvieron en una mortaja de tela fina: lo vio también. El cuerpo estaba completamente blanco, y los sepultureros lo movían con tantas precauciones como si hubieran temido hacerle el menor mal y causarle dolor; procedían de una manera muy extraña, pues, ¿acaso no había el Hombre padecido el suplicio de la cruz y todo lo demás? En verdad, eran gentes extrañas. Pero la madre miraba con ojos sin lágrimas al que había sido su Hijo. Su rostro tosco y cetrino parecía incapaz de expresar el dolor. Pero sucedía que no podía explicarse lo que había pasado, y no podría perdonarlo jamás. A ella la comprendía mejor.

Cuando pasaron juntos, a corta distancia de él, los hombres llevando el cadáver envuelto, las mujeres siguiendo el lúgubre cortejo, una de ellas, señalando a Barrabás, dijo algo en voz baja a Su madre. Esta se detuvo y lo miró con un aspecto tan lleno de desesperación y de reproche que jamás podría olvidarlo.

Continuaron descendiendo del Gólgota y tomaron luego otro camino a la izquierda.

Los siguió desde bastante lejos para que nadie reparase, hasta un huerto de la vecindad, donde depositaron el cadáver en un sepulcro tallado en la misma roca. Después de haber rezado cerca del sepulcro, hicieron rodar una gran piedra delante de la entrada y se marcharon.

A su vez se acercó y permaneció inmóvil. No rezó, pues era un malhechor cuya oración no hubiera sido escuchada porque él no había expiado su crimen. Por otra parte, no conocía al muerto. Sin embargo, quedó allí un momento.

Luego se dirigió también a Jerusalén.

Entrando por la puerta de David, había dado apenas unos pasos por la calle cuando encontró a la mujer del labio leporino. Se deslizaba junto a las casas y simuló no verlo; pero se dio cuenta de que lo había visto y que no quería encontrarse con él. Tal vez creía que lo habían crucificado.

La alcanzó y se puso a caminar al lado de ella. Así fue como volvieron a encontrarse. Y no era necesario. Tampoco necesitaba hablarle, y fue el primero en sorprenderse de haberlo hecho. Ella también se sorprendió, en cuanto pudo advertirse. Le dirigió una tímida mirada, sólo cuando no pudo evitarlo.

No hablaron de lo que ocupaba sus pensamientos. Preguntó solamente adónde iba ella y si tenía noticias de Gilgal. No respondió sino lo imprescindible, tartajeando como siempre, de suerte que era difícil comprenderla, y cuando le preguntó dónde vivía, no contestó nada. Notó que el vestido de la mujer estaba gastado en el borde y que sus pies, anchos y sucios, no tenían calzado. Dejaron de hablar y se contentaron con caminar uno al lado del otro en silencio.

Por la abertura de una puerta, que parecía un agujero negro, se oyeron voces ruidosas y, en el momento en que pasaban delante de la casa, una mujer alta y gorda salió precipitadamente llamando a Barrabás. Como estaba ebria, agitó sus enormes brazos, dichosa de verlo nuevamente, y quiso hacerlo entrar en seguida en la casa. Vaciló, algo molesto por su extraña compañía, pero lo arrastró y se metieron adentro. Cuando estuvo en la casa, fue recibido por las sonoras exclamaciones de dos hombres y tres mujeres a

quienes logró distinguir sólo al cabo de un instante, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Le hicieron rápidamente lugar alrededor de la mesa, le sirvieron vino y se pusieron a charlar. ¡Pensar que había salido de la cárcel y que había sido indultado! Mayor suerte, imposible: ¡habían crucificado a otro en su lugar! Todos, achispados por el vino, querían contagiarse de su suerte y lo tocaban para hacerla pasar a ellos; una de las mujeres deslizó la mano debajo de la túnica y la puso sobre su pecho desnudo, lo que hizo reír a mandíbula batiente a la mujer gorda.

Barrabás bebió con ellos, pero no dijo gran cosa. Miraba en el vacío. Sus ojos negros se hundían en las órbitas, como si hubieran querido esconderse. Encontraron que estaba un poco raro. Eso le ocurría a veces.

Las mujeres le sirvieron más vino. Bebió de nuevo y dejó que los demás charlaran, sin mezclarse mucho en la conversación.

Al fin, sus compañeros se preguntaron qué tenía y por qué estaba así, estando con ellos. Pero la mujer grande y gorda lo abrazó por el cuello y dijo que no debían sorprenderse de que se hallase así después de haber estado tanto tiempo en un calabozo y casi muerto, pues el que está condenado a perecer está ya muerto. Podrá indultársele, pero estuvo muerto y no hizo más que resucitar. No es lo mismo estar vivo como los demás.

Como se burlasen de esos dichos, la mujer se enfureció y gritó que los echaría a todos, menos a Barrabás y a la del labio leporino, a quien no conocía, pero que le parecía buena persona, aunque un poco ingenua. Los dos hombres rieron a carcajadas de que una mujer les hablara de esa manera; luego se calmaron, se quedaron serios y se pusieron a conversar en voz baja con Barrabás, informándole que al caer la noche volverían a la montaña; no habían venido sino para sacrificar un cabrito que habían traído. Pero como el cabrito no fue aceptado, lo habían vendido y habían sacrificado en su lugar dos palomas. Con el dinero que les

quedó habían venido a divertirse a la casa de la mujer gorda. Deseaban saber cuándo se reuniría Barrabás con ellos allá arriba, y le dijeron dónde se alojaban por el momento. Barrabás, con un movimiento de cabeza, les dio a entender que comprendía, pero no dijo palabra.

En el ínterin, una de las mujeres hablaba del Hombre a quien habían crucificado en lugar de Barrabás; lo había visto una vez, de paso únicamente, y varias personas le aseguraron que se trataba de un Rabino muy versado en las Sagradas Escrituras, que recorría la comarca profetizando y haciendo milagros. Eso no era reprehensible; muchos procedían de la misma manera. Así, pues, si lo habían crucificado, debía de haber otro motivo. Sólo recordaba que era muy delgado. La segunda mujer no lo conocía ni de vista; pero estaba al tanto de sus vaticinios: el templo se derrumbaría, Jerusalén sería destruida por un terremoto y luego las llamas consumirían el cielo y la tierra. Cosas absurdas. No era extraño, pues, que lo hubieran crucificado. La tercera agregó que Él frecuentaba sobre todo a los pobres, a quienes prometía que entrarían en el Reino de Dios; eso mismo había prometido a las prostitutas. Todo esto les causó mucha gracia; pero no dejaban de reconocer que se habrían regocijado si hubiese sido verdad.

Barrabás los escuchaba y, aunque no se dignara ni sonreír siquiera, parecía menos abstraído. Se sobresaltó cuando la mujer gorda volvió a abrazarlo diciendo que no se preocupara en lo más mínimo de lo que había sido el Otro, y que, en todo caso, estaba muerto. A Él lo habían crucificado y no a Barrabás; esto era lo esencial.

La mujer del labio leporino se había quedado en un principio ensimismada, como si nada de lo que ocurría a su alrededor le concerniese; pero después de escuchar con viva atención la descripción del Otro, se condujo de una manera muy singular. Poniéndose en pie y clavando la mirada en su compañero de la calle con una expresión de pavor en el rostro pálido y famélico, gritó con su extraña voz gango-

sa: «¡Barrabás!». Esto, en verdad, nada tenía de extraordinario; lo nombraba simplemente, y, sin embargo, todos la miraron sorprendidos, sin comprender lo que significaba semejante llamamiento. Barrabás pareció también desconcertado, pues, según su costumbre, cuando no quería mirar a alguien dejaba que su vista errara aquí y allí. ¿Por qué? No había manera de saberlo, y esto, por otra parte, importaba poco. Barrabás podía ser un buen compañero y tener excelentes cualidades; pero era así: nunca se sabría lo que pasaba en sus adentros.

Volvió la mujer a sentarse en el fondo de la pieza, sobre una extremidad de la estera que cubría el piso de tierra apiasonada, más seguía fijando en él su mirada ardiente.

La mujer gorda fue a buscar comida para Barrabás, pues se le ocurría que estaba hambriento; no se preocupaban, en verdad, de alimentar convenientemente a los presos en esas inmundas y malditas cárceles. Le puso ante los ojos pan, sal y un pedazo de cordero seco. No probó ni un bocado y se apresuró a pasar los alimentos al labio leporino, como si estuviera ya saciado. La mujer se abalanzó y los engulló con la voracidad de un animal famélico; luego se precipitó fuera de la casa y desapareció.

Atreviéronse los demás a preguntar quién era; pero Barrabás, por supuesto, no respondió. Tal era su modo de ser. No se le conocía, en verdad, sino así, y resultaba imposible sacarle algo cuando se trataba de sus asuntos personales.

—¿Qué milagros hacía ese predicador? —interrogó dirigiéndose a las mujeres—. ¿Y qué ha profetizado?

Contestaron que curaba enfermos y ahuyentaba a los demonios. Se susurraba también que resucitaba a los muertos, pero nadie lo había comprobado y era seguramente una mentira. Respecto a lo que predicaba, no tenían ni la menor idea. Sin embargo, una de ellas conocía una historia que Él había referido. Alguien había preparado un gran festín para una boda o algo parecido; pero los invitados no se habían presentado; fue necesario, pues, ir por los caminos

e invitar a los primeros que aparecían, de tal suerte que fueron a la casa sólo mendigos o desdichados semidesnudos y muertos de hambre; entonces el Señor había montado en cólera, a menos que hubiera manifestado indiferencia —la mujer no recordaba este punto—. Barrabás seguía prestando viva atención, como si lo que estaban contando fuera algo notable. Y cuando otra añadió que el hombre era de los que se creían el Mesías, se acarició la barba rojiza y se tornó pensativo; parecía reflexionar sobre algo importante.

—¿El Mesías?... No, no lo era —murmuró para sí mismo.

—Por cierto que no —dijo un hombre—; si hubiera sido el Mesías, jamás habrían podido crucificarlo. Los mismos demonios se habrían visto aplastados. Pero ¿no sabía ella acaso lo que es un Mesías?

—¡Claro está! Hubiera bajado de la cruz y los habría aniquilado, de un solo golpe.

—¡Un Mesías que se deja crucificar! ¿Quién ha oído semejante cosa?

Barrabás aprisionaba su barba en su mano vigorosa y seguía mirando el suelo de tierra apisonada. No, aquel hombre no era un Mesías...

—Bebe, Barrabás —dijo uno de sus compañeros sacudiéndolo con rudeza; era extraordinario que se atreviera a tanto, pero así ocurrió.

Y Barrabás sorbió un buen trago de la jarra de arcilla, que rechazó luego pensativo. Las mujeres se apresuraron a llenarla nuevamente, y cuando insistieron en que bebiese un segundo trago, no se opuso. Aunque el vino debía de surtir efecto, estaba aún absorto en sus reflexiones. Su compañero lo sacudió nuevamente:

—Pero ¡bebe! Debes alegrarte de haber salido a flote, de hallarte entre tus mejores amigos y de pasarlo bien, en vez de estar pudriéndote en la cruz. ¿No es más agradable?

¿Acaso no te encuentras a gusto aquí? ¡Piénsalo, Barrabás!
¡Has salvado tu pellejo! ¡Vives! ¡Vives, Barrabás!

—Sí, sí, no hay duda —profirió él—. No hay duda.

Consiguieron poco a poco que no se quedara allí como alelado y que se asemejara más a las personas normales.

Pero mientras se hablaba de una cosa y otra, hizo una extraña pregunta. Preguntó a sus compañeros qué pensaban de las tinieblas de aquel día y del hecho de que el sol, durante algunos momentos, se había oscurecido.

—¿Tinieblas? ¿Qué tinieblas? —lo miraron estupefactos—: Aquí no ha habido tinieblas. ¿Cuándo las hubo?

—Hacia la hora sexta.

¡Ah! ¿Qué cuentos eran éstos? ¡Nadie había comprobado semejante cosa!

Se sintió desconcertado y miró con desconfianza a uno y otro. Afirmaban todos que no habían visto tinieblas, como tampoco las habían visto los demás habitantes de Jerusalén.

Pero ¿qué impresión recordaba él sobre el particular? ¿Qué se había ido la luz? ¡En pleno día! Era extraordinario. Si había tenido realmente esa impresión, ¿por qué no pensar que sus ojos estaban enfermos después de tan larga reclusión en un calabozo? Así debía de ser. La mujer gorda afirmó que él no había podido acostumbrarse en seguida a la luz. Durante unos momentos estuvo como deslumbrado. ¿Por qué había de llamar esto la atención?

Barrabás los miró no muy seguro de sí mismo. Luego pareció aliviado. Se enderezó un poco y alargó la diestra hacia el vaso, que vació casi enteramente. No lo dejó en la mesa como la vez anterior, sino que lo retuvo en la mano y lo tendió para que lo llenaran de nuevo. Bebieron todos. Visiblemente, Barrabás encontraba ahora el vino más a su gusto. Bebió según acostumbraba hacerlo cuando lo invitaban; pronto todos se dieron cuenta de que la bebida lo reanimaba. Sin tornarse muy expansivo, habló un poco de su vida en la cárcel. Un infierno, por supuesto. ¡Cómo extra-